

## ¿Alonso Quijano?

● MARGIT FRENK

Entre los muchísimos que han escrito sobre el *Quijote*, pocos son los que no han llamado a su protagonista, en algún momento, “Alonso Quijano”. Se parte generalmente de la convicción de que ése era el nombre original del personaje, antes de que enloqueciera, su nombre verdadero. ¿Y lo era realmente para Cervantes? Conviene que recordemos cómo ocurren las cosas en el texto mismo de la gran obra. Claudio Guillén ha escrito hace poco que “Cervantes nos sorprende una y otra vez, incitándonos a examinar críticamente los más variados temas, convirtiéndolos en problemas...”<sup>1</sup> Éste, a mi ver, es uno de ellos.

En el primerísimo capítulo leemos: “quieren decir que tenía el sobre- nombre de *Quijada*, o *Quesada*, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verisímiles se deja entender que se llamaba *Quijana*”:<sup>2</sup> *Quijada*, *Quesada* o, mejor, *Quijana* (*Quejana*, en la primera edición). Un poco más adelante:

<sup>1</sup> Claudio Guillén, “Cauces de la novela cervantina: perspectivas y diálogos”, en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. Ed. de Francisco Rico. Ests. prels. de Mario Vargas Llosa, Francisco Ayala y Martín de Riquer; ests. sobre “La lengua de Cervantes y del *Quijote*”, de José Manuel Blecua, Guillermo Rojo, José Antonio Pascual, Margit Frenk y Claudio Guillén. Madrid, Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española/Alfaguara, 2004, pp. 1145-1153; la cita, p. 1150.

<sup>2</sup> Todas las citas proceden de Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. 2a. ed. Ed. y notas de Francisco Rico. 2 vols. Barcelona, Instituto Cervantes/Crítica, corregida, 1998. (Biblioteca Clásica, 50) En adelante, las referencias serán entre paréntesis con la mención de la parte, el capítulo y la página. En las “Notas complementarias a la edición”, t. II, pp. 263-264, nota 36.16, se nos dice que la prínceps trae *Quejana* y que obviamente se trata de una errata, porque “*Quijana* es la única forma que reaparece fuera del primer capítulo...” Y cf. el aparato crítico, en II, p. 704, col. 2: sólo la prínceps

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar *don Quijote*; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que sin duda se debía de llamar *Quijada* y no *Quesada*, como otros quisieron decir.

“*Quijada* y no *Quesada*”. ¿Dónde quedó el *Quijana* (o *Quejana*), que en el pasaje anterior el narrador juzgaba tan “verisímil”?

Los demás personajes que aparecen al principio de la obra no conocen otro apelativo que “don Quijote”. En el capítulo 5, en cambio, cuando el labrador vecino se encuentra al hidalgo tirado en el campo, maltrecho y delirante, exclama: “Señor *Quijana*”, y el narrador comenta: “que así se debía de llamar cuando tenía juicio y no había pasado de hidalgo sosegado a caballero andante” (I, 5, p. 72).

Nada se nos dice sobre el nombre original hasta cuarenta y cuatro capítulos más adelante, donde nos topamos nuevamente con el primer apellido citado, o sea, con *Quijada*. En un pasaje no irrelevante,<sup>3</sup> don Quijote menciona a un personaje histórico, Gutierre *Quijada*, y añade: “de cuya alcornia yo diciendo por línea recta de varón” (I, 49, p. 566); el narrador no comenta nada al respecto, y este nombre no volverá a aparecer en toda la obra.

Nuevo silencio a lo largo del libro. En el ínterin, don Quijote de la Mancha, sin abandonar este nombre, adopta el de “Caballero de la Triste Figura”<sup>4</sup> que le ha puesto Sancho y que, en la Segunda parte, cambiará por el de “Caballero de los Leones”,<sup>5</sup> para caer, cerca del final, en el grotesco de “pastor Quijótiz”.<sup>6</sup>

Pero, volviendo al supuesto nombre “real” del personaje, en el último capítulo —el 74— de la Segunda parte, nos enteramos de cómo se

trae *Quexana*, corregido en dos ediciones contemporáneas, y esta coincidencia “nos asegura que los contemporáneos la veían como una errata obvia”. Por mi parte, no estoy tan segura de que ello fuera así.

<sup>3</sup> Como parece sugerir Francisco Rico en la nota complementaria 36.16 (cf. *supra*, nota 2), cuando dice: “(fuera de una esporádica mención de *Quijada* en I, 49, 566)”.

<sup>4</sup> M. de Cervantes, *op. cit.*, t. I, Primera parte, cap. XIX, pp. 205-206.

<sup>5</sup> *Ibid.*, t. I, Segunda parte, cap. XVII, p. 768.

<sup>6</sup> *Ibid.*, t. I, Segunda parte, cap. LXVII, p. 1175.

llama la que en todo el libro sólo había aparecido como “la sobrina”. En su testamento, el hidalgo menciona dos veces a “Antonia *Quijana* mi sobrina” (II, 74, p. 1220). La balanza parecería inclinarse, entonces, por el apellido *Quijana* con el que lo conocía su vecino el labrador. Pero justo en ese capítulo, al final de la obra, ha aparecido por primera vez, y en boca de don Quijote, el *Alonso Quijano*, con un nombre de pila y con un apellido cercano, pero no idéntico, a *Quijana*.

Don Quijote está a punto de morir. Duerme “de un tirón, como dicen, más de seis horas” (II, 74, p. 1216) y al despertar se siente transformado. Llegan sus “buenos amigos”, el cura, el bachiller y el barbero, y don Quijote les dice: “—Dadme albricias, buenos señores, de que *ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano*, a quien mis costumbres me dieron renombre de ‘bueno’” (74, p. 1217); y más adelante: “Yo fui loco y *ya soy cuerdo*; fui don Quijote de la Mancha y *soy agora*, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno” (74, p. 1220). Son importantes ese “ya” y ese “soy agora”. En ningún momento ha querido Cervantes que su héroe, al morir, afirme, o sugiera siquiera, que Alonso Quijano fue su nombre antes de enloquecer, su nombre de “hidalgo sosegado” de aldea; una palabrita antes del “soy” —un “otra vez”, un “nuevamente”— habría bastado; pero nada.

¿Y qué pasa en el entorno de nuestro héroe moribundo? Han entrado sus “buenos amigos”. Observa el narrador<sup>7</sup> que cuando los tres le oyeron decir “*ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano...*”, “*creyeron sin duda que alguna nueva locura le había tomado...*” Cosa extraña: el cura y el barbero lo conocieron antes de que enloqueciera y con el nombre que entonces debía de tener. Si este nombre —como hoy suponen tantos— era Alonso Quijano, ¿por qué piensan ellos que le ha tomado una nueva locura?

Nuestro hidalgo pide confesión, y por las palabras tan sensatas que pronuncia, dice el narrador, “miráronse unos a otros, admirados de las razones de don Quijote, y, *aunque en duda*, le quisieron creer”, sobre todo cuando luego él añadió otras muchas razones “tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino a quitar la duda, y

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 1218.

a creer que estaba cuerdo” (II, 47, p. 1218).<sup>8</sup> Pregunto: ¿acaso a lo largo de su trayectoria don Quijote, el cuerdo-loco o loco-cuerdo, no ha dejado continuamente admirados a sus interlocutores con sus “entremetidas razones”, “ya discretas y ya disparatadas (II, p. 781)”?

Después de la confesión sale el cura y dice: “—Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno” (II, 74, p. 1218). ¿Cree el cura, en serio, que ése es su nombre auténtico? Tal parecería ser el caso cuando pide al escribano que registre los dos nombres en el acta de defunción: “pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente ‘don Quijote de la Mancha’”, etcétera (II, 74, p. 1218). Y sin embargo, recordamos las veces en que el cura —el gran “tracista”— le ha seguido la corriente a don Quijote, ya para hacerlo volver a su casa, ya —y simultáneamente— para divertirse a sus costas. Recordamos, por ejemplo, cómo en el capítulo 26 de la Primera parte se le ocurre “un pensamiento muy acomodado al gusto de don Quijote...”, que es, nada menos, disfrazarse de mujer, “ponerse en hábito de doncella andante” (I, 26, p. 298). ¿Qué mucho que, al morir su amigo, adopte de buena gana el nombre que éste dice tener *ahora*?

Porque hay otro hecho notable: es el cura el único personaje que, fuera de don Quijote mismo, lo llama “Alonso Quijano”. Según nos cuenta el narrador, los demás lo siguen llamando “don Quijote”, como lo hace el propio narrador cuando cuenta que, tras de oír su confesión, los presentes “miráronse unos a otros, admirados de las razones de *don Quijote*” (II, 74, p. 1218), y cuando dice que después de haber “ordenado su alma *don Quijote*...” (II, 74, p. 1219). El narrador es quien relata: “En fin, llegó el último [fin] de *don Quijote*...” (II, 74, p. 1221), y dice después: “Déjense de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de *don Quijote*...” (II, 74, p. 1222).

Lo que es más, ya al final de la obra, según el narrador, “el prudentísimo Cide Hamete dijo a su pluma” que diga a los “presuntuosos y malandrines historiadores” que pretendan profanarla: “Para mí sola nació *don Quijote*, y yo para él”. Si acaso la pluma llega a conocer al

<sup>8</sup> *Idem*.

“escritor fingido y tordesillesco”, deberá advertirle: “que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de *don Quijote*” (II, 74, p. 1223). De don Quijote, no los huesos de ese Alonso Quijano el Bueno que consta en el acta de defunción. Finalmente, el propio Cide Hamete se jactará de que, gracias a él, “las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías [...] por *las de mi verdadero don Quijote* van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna” (II, 74, p. 1223). Es la última frase de la obra.

Me he estado refiriendo al narrador, cuya voz es presencia importantísima en el *Quijote*, de principio a fin. Acabamos de ver cómo el narrador sigue hablando, repetidas veces, de “don Quijote” cuando éste ha afirmado enfáticamente que ya su nombre es otro. Pero tenemos ante nosotros, a la vez, al mismo narrador que en el capítulo II de la Primera parte ha llamado *castillo* a la venta y *damas* y *doncellas* a las ramerías, porque así los denominó el héroe; al mismo narrador que, a lo largo de las dos partes del libro, no ha parado de imitar a cada paso los modos de hablar y pensar de los personajes, como metiéndose en su pellejo. Acaba de decir que Altisidora *finge* un desmayo y enseguida cuenta que “volviendo en sí la *desmayada* Altisidora” (II, 46, p. 1000), porque para don Quijote está, en efecto, desmayada. No podemos dar mucho crédito a lo que relata ese narrador, porque, además, incurre en constantes contradicciones; después de afirmar que don Quijote, mordido y arañado por un gato, tarda en sanar cinco días, nos dice que fueron ocho, y luego que fueron seis,<sup>9</sup> etcétera.

Pues bien, este narrador tan poco confiable, imita ahora al cura y comienza un discurso con las palabras “porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho...” (en realidad, como acaba de decirlo el cura) y continúa:

en tanto que don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno, a secas, y en tanto que fue don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían (t. II, 74, pp. 1218-1219).

<sup>9</sup> *Ibid.*, t. I, Segunda parte, caps. XLVI y XLVIII.

Es, como tantos otros pasajes del *Quijote*, un párrafo desconcertante. Ése “en tanto que don Quijote *fue* Alonso Quijano el Bueno” y ése “fue siempre”, como si así se hubiera llamado durante muchos años, y no sólo en sus últimos días, es el que más desconcierta. Puede haber sido esa frase —junto con los dos pasajes citados del cura— la que ha llevado a tantos lectores y críticos a darle al nombre, casi póstumo, diría yo, de Alonso Quijano, la categoría de nombre original.

Se habla, en efecto, de “recuperación” del nombre.<sup>10</sup> Se habla de “reconversión”; se habla de “la resurrección, si se quiere, de aquel personaje del primer capítulo de la primera parte, que aparece para enloquecer muy pronto”.<sup>11</sup> El excelente cervantista Martín de Riquer sostiene que para Cervantes “la única solución es restituir el juicio al demente, que al sanar *volverá a ser* Alonso Quijano el Bueno”.<sup>12</sup> Y así sucesivamente.

Pero no ha faltado, tampoco, quien se refiera a este nombre como uno más de los que se adjudican en la novela al hidalgo. Habla Laín Entralgo (y hace muy poco Felipe Garrido ha escrito aquí casi lo mismo),<sup>13</sup> de “un hidalgo manchego del que nunca sabremos si se llamaba Alonso Quijano, o Quijana, o Quijada, o Quesada”. Y tampoco ha faltado quien, como Francisco Rico, reconociendo esa multiplicidad de nombres, afirme de manera categórica que *Alonso Quijano* es la solución “definitivamente adoptada”, la que “queda como definitiva”.<sup>14</sup>

<sup>10</sup> En la “Nota complementaria” de la edición que aquí usamos (t. II, p. 664, nota 1217.19), se remite a seis autores que hablan de esa “recuperación”. Creo que son, de hecho, bastantes más.

<sup>11</sup> Carlos Horacio Nállim, “Borges y Cervantes. Don Quijote y Alonso Quijano”, en *NRFH*, 40 (1992), pp. 1047-1056; la cita, p. 1050. Borges, por cierto, compuso un poema sobre “El sueño de Alonso Quijano”, y en su “Análisis del último capítulo del *Quijote*” (*Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1956, núm. 1, p. 31), dice que “es triste que Alonso Quijano vea en la hora de su muerte que su vida entera ha sido un error y un disparate”.

<sup>12</sup> En “Cervantes y el *Quijote*”, incluido en la edición de Alfaguara mencionada *supra*, nota 1, p. LVIII.

<sup>13</sup> Pedro Laín Entralgo, “La convivencia entre don Quijote y Sancho Panza”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 430 (1986), pp. 27-35; la cita, p. 27.

<sup>14</sup> En el aparato crítico de la edición aquí utilizada (t. II, p. 704), y en las Notas complementarias (t. II, pp. 263-264, nota 36.16). De aquí podría proceder lo que,

Una interpretación, a mi ver, muy valiosa de esta cuestión, y que ha sido silenciada por muchos críticos, es la que Juan Bautista Avalle-Arce ha propuesto, ya en 1970: “Conocemos al protagonista, dice, por una variedad de nombres, después que él se ha inventado el propio de don Quijote, y se lo ha conferido en acto de autobautismo”. Cada uno de los nombres que se inventa después es, dice, “producto de una reorientación vital del protagonista”, y esta reorientación “culmina en un último acto de autobautismo cara ya a la muerte: *Alonso Quijano el Bueno*”.<sup>15</sup>

La idea encontró un amplio desarrollo en el espléndido capítulo “Don Quijote” que Avalle-Arce y Edward C. Riley escribieron para la *Suma cervantina* editada por ambos y publicada en Londres en 1973. Cito sólo un pasaje:

Con dos enérgicos ademanes, el artista se libera a sí mismo (“no quiero”), y de inmediato a su protagonista (¿Quijada, Quesada, Quijana? ¿O Quijano?) [...] Libera, asimismo, al personaje literario, al imposibilitar el usual trazado de coordenadas deterministas con que se definían protagonistas y mundo en el *Amadís*, *Lazarillo* o *Guzmán*.<sup>16</sup>

Con la misma libertad con la que el protagonista se ha autobautizado como don Quijote, se bautiza al final como Alonso Quijano el Bueno.

con más cautela, afirma Howard Mancing en *The Cervantes Encyclopedia* (2 vols., Westport, Connecticut, Greenwood Press, 2004, s. v. “Alonso Quijano” (t. I, p. 18) y s. v. “Name of don Quijote de la Mancha” [t. II, pp. 504-505]). En el primer caso, la repetición del nombre de Quijano lo convierte “presumably” en la “definitive version of his name”; en el segundo, Alonso Quijano “is generally taken to be the definitive form of his name”. Agradezco éstas y otras citas a mi amiga Gabriela Nava. Cabe preguntar, “definitivamente adoptada” ¿por Cervantes? ¿La que “queda como definitiva” en la novela? Ni lo uno ni lo otro.

<sup>15</sup> “Don Quijote o la vida como obra de arte” (publicado originalmente en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 242, 1970, pp. 247-280), en *Nuevos deslindes cervantinos*. Barcelona, Ariel, 1975, pp. 335-387; la cita, p. 340. Cf. su *Enciclopedia cervantina*. Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1997, s. v. Quijano el Bueno, Alonso: “Nombre que se da a sí mismo, en su lecho de muerte, don Quijote”.

<sup>16</sup> Juan Bautista Avalle-Arce y Edward C. Riley, “Don Quijote”, en *Suma cervantina*. Londres, Tamesis, 1973, p. 48.

¿Por qué *Alonso*? Nieves Rodríguez tiene al respecto una interpretación bien interesante: *Alonso* por *Aldonza* Lorenzo, cuyo apellido, añadido yo, pudo haber contaminado con su *o* final, al *Quijana* que, según sugiere Cervantes en tres ocasiones, fue quizás el apellido original. Una vez efectuado el nuevo bautismo, que primero desconcierta al cura, éste le sigue la corriente a su amigo, como tantas veces lo ha hecho, y en un momento dado —sólo en un momento— es imitado, a su vez, por el polifacético narrador.

Sorprende que tantos y tantos lectores del *Quijote* se olviden aquí de un aspecto fundamental del genial arte que Cervantes ha desplegado en esta obra, de las continuas ambigüedades, de las desconcertantes contradicciones, de las vaguedades, de las fluctuaciones constantes que dan fe de una realidad insegura, inestable. La realidad en el *Quijote* va cambiando de acuerdo con el punto de vista subjetivo del personaje, como bien han mostrado Américo Castro y Leo Spitzer, y también va cambiando porque para Cervantes no hay *una* verdad, sino varias o muchas.

¿Por qué ese afán por descubrir, como si fuera una novela detectivesca, el nombre auténtico del protagonista, su nombre previo, supuestamente “real”? No lo conoceremos nunca, porque Cervantes quiso no conocerlo y que nosotros no lo conociéramos.

Don Quijote mismo ha tenido cuidado en resolver para nosotros esta cuestión cuando en el capítulo 17 de la Segunda parte dice que de allí en adelante quiere que se “trueque, cambie, vuelva y mude” el nombre de Caballero de la Triste Figura por el de Caballero de los Leones, y añade: “en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, *que se mudaban los nombres cuando querían o cuando les venía a cuento*” (17, p. 768).

A punto ya de morir, le importa hacerse de un nuevo nombre, siguiendo precisamente la usanza de los antiguos caballeros andantes a los que ahora dice detestar, y elige un nombre en el que parece resonar el de la muchacha a la que, ya hecho caballero andante, ha decidido convertir en señora de sus pensamientos. Se diría, entonces, que no ha dejado de ser don Quijote de la Mancha, ni para los demás, como hemos visto, ni para sí mismo.

El cambio de nombre va estrechamente asociado al tema de la cordura. A don Quijote le importa al final de su vida declararse cuerdo

para tener una muerte cristiana y ejemplar. Pregunto: ¿podemos estar tan seguros de que la intención de Cervantes fue que su maravilloso personaje recuperara de veras el juicio al final de su vida? ¿No es ésta otra de las cuestiones que, en palabras de Claudio Guillén, Cervantes convierte en problemas, incitándonos a examinarlas críticamente?